

Francisco: si la santa pobreza que escogemos por madre no posee nada, nuestro Padre que está en los cielos es rico; él sabrá proveer á las necesidades de sus hijos.» Siguiendo el ejemplo de este gran santo, carísimos hermanos, estemos animados de una gran confianza en Dios y de una tierna caridad hácia el prójimo cada vez que repitamos estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos...* Así sea.

INSTRUCCION NOVENA.

SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

INSTRUCCION SEGUNDA.

ES JUSTO QUE SE SANTIFIQUE EL NOMBRE DE DIOS: COMO PODEMOS CONTRIBUIR NOSOTROS A ESTA SANTIFICACION.

TEXTO. — *Pater noster, qui es in celis, sanctificetur nomen tuum.* Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

(S. MATEO, CAP. VI, VERS. 9.)

EXORDIO. — Hermanos míos, cuando explicamos á vuestros hijos la oración dominical, les hacemos esta pregunta. ¿Porqué decimos *Padre nuestro, que estás en los cielos*, cuando Dios está en todo lugar? Y ellos nos responden: Porque en el cielo es principalmente donde Dios muestra más su gloria y su poder... Es verdad, hermanos míos muy amados: con sólo que consideremos lo que nosotros llamamos vulgarmente el cielo, es decir ese espacio inmenso y de una profundidad desconocida por donde cada día se pasean el sol y la luna; vasto océano donde nadan las estrellas, sin que jamás se haya podido conocer á qué distancia está situado el s^olio mismo de las que están más inmediatas á nosotros; ; oh, sí! ésta es, sin duda alguna, de todas las maravillas que nos rodean una de las más sorprendentes, una de las

más admirables y que afirma de un modo incontestable la omnipotencia de Dios.

Un profeta lo ha dicho: los cielos refieren la gloria de Dios, de aquel que los creó y el firmamento anuncia cuán excelentes son las obras de sus manos (1). Según el profeta, ningún espíritu humano puede desconocer este lenguaje... Y lleno de entusiasmo, añade todavía: «Él ha establecido su morada en el sol, y desde allí, glorioso como un jóven esposo, fuerte como un gigante, habla desde lo más alto de los cielos; nadie puede ocultarse á sus miradas (2)...» Así es como el profeta David, sirviéndose de ese cielo que nos rodea, como de una comparación, nos presenta á Dios dirigiendo los astros que lo pueblan...

Más bello, más rutilante, hermanos míos muy amados, que el azul donde se bañan los astros, es ese cielo, ese paraíso donde nos aguarda Dios... El otro no es más que una imágen débil é imperfecta de él... El sol del paraíso es Jesús con su bondad, su dulzura, su amor y su inmensa misericordia... ; Oh María! vuestro divino hijo refleja sus rayos sobre vos; hermosa como la luna, brillais en aquella agradable mansión en medio de los ángeles, de los arcángeles, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores y de las vírgenes. *Pulchra ut luna...* Sí, sois superior á todas las criaturas, á todas las aventajais, como aventaja la luna en resplandor á los demás astros... Después de haber dicho á Dios: *Padre nuestro, que estás en los cielos*, podemos también deciros con verdad, dirigiéndonos á vos: *Madre nuestra, que estás en los cielos...* En el paraíso pues, hermanos míos muy amados, es donde Dios se revela más á sus santos, donde les colma de alegrías y delicias, y es una de las razones por las que le saludamos con este título de *Padre nuestro, que estás en los cielos...* ¿Necesito añadir que estas sencillas palabras nos enseñan que el cielo es nuestra verdadera patria, que en este suelo hemos de estar como viajeros, ó mejor aún, como esos soldados, que, después de haber servido á la patria durante un cierto número de años, ansían volver á ver el hogar donde sus padres les aguardan?... El cielo es nuestra patria; Jesu-

(1) Salmo XVIII, vers. 1.

(2) Salmo XVIII, vers. 6.

cristo, nuestro padre, y la santísima Virgen, nuestra madre, nos aguardan en el término de esta ausencia más ó menos prolongada que se llama la vida... *Padre nuestro*, que estás en los cielos; estas palabras quieren decir; si nos fijamos bien en ellas: Cristianos, elevad vuestros corazones hasta allá arriba, hasta el cielo: *Sursum corda*...

PROPOSICIÓN. — Esta mañana me propongo explicaros la primera petición del *Padre nuestro*, que consiste en estas breves palabras: *Santificado sea tu nombre*...

DIVISIÓN. — Contando con el auxilio de Dios, trataré de demostraros, *en primer lugar*, cuán justo es que el nombre de Dios se santifique; *en segundo lugar*, cuanto podemos contribuir nosotros mismos, miserables criaturas, á esta santificación.

Primera parte. — Ante todo es necesario, hermanos míos, comprender bien el sentido de estas palabras; *Santificado sea tu nombre*. El nombre de Dios es santo por sí mismo. Por impíos que sean los blasfemos, pueden ultrajar este divino nombre, pero no lo pueden manchar. ¿Habeis visto á veces á niños que, jugando, cojen polvo de la calle y lo arrojan hácia el lado del sol? ¿Perjudican á aquel foco de luz y de calor al cual Dios ha ordenado que fecundice la tierra?... Nó: tranquilo y guiado por la mano de la Providencia, prosigue su carrera á través del espacio... Menos son todavía, carísimos hermanos míos, en presencia de Dios omnipotente, los incrédulos, por elevada que sea la posición que ocupen... Catedráticos, diputados, ministros, pueden dar á sus blasfemias una forma más ingeniosa, mas no por eso valen más delante de Dios que el borracho crapuloso que cae jurando en el arroyo...; Son niños que arrojan polvo al sol!; Arrojan á Dios inútiles insultos...! Desde lo alto de su soberana majestad, el *Padre que tenemos en los cielos*, les conserva su existencia; hay más, su misericordia les ofrece un perdón en que no piensan estos miserables (1)..

(1) Le Nil a vu, sur ses rivages,
Les noirs habitants des déserts,
Insulter, par des cris sauvages,
L'astre éclatant de l'univers.
Cris impuissants! Fureurs bizarres!
Tandis que ces monstres barbares,
Poussaient d'insolentes clameurs,

No nos hagamos pues ilusiones; Dios no tiene necesidad de nosotros, pero quiere que, cual hijos reconocidos y bien educados, procuremos su gloria antes que todo... Y éste es el sentido de estas palabras: *Santificado sea tu nombre*, es decir, sea conocido, amado y glorificado por todos los hombres... A este propósito nosotros, carísimos hermanos, podemos repetir las palabras con que empieza el prefacio: *Verdaderamente es digno y justo que así sea*... Miráos bien. — ¿Quién os ha creado?—Dios. — ¿Para qué? — Dejemos á un lado las diversas misiones que tenemos que llenar sobre la tierra; vamos más allá... En la última hora de nuestra vida, si tenemos la dicha de ver venir la muerte y de prepararnos para recibirla; si tenemos la dicha, harto rara por desgracia en nuestros días, de estar rodeados de parientes y amigos cristianos, en aquella hora suprema, se nos dirá: *Parte, alma cristiana*... ¿A dónde irán pues nuestras almas?... ¿A dónde quiere Dios que vayan?... ¿Para qué nos las ha dado?... Para que vayan á santificar y glorificar su nombre eternamente en el cielo...

Y aún en la tierra éste debe ser el objeto de nuestra existencia. Refiérese que un jóven y esforzado romano, conocido en la historia con el nombre de Coriolano, tenía una madre que, habiendo quedado viuda jóven, se había negado á contraer nuevo matrimonio, á fin de poderse dedicar enteramente á la educación de su hijo... Toda la ternura, todo el cariño que encierra el corazón de una buena madre los consagró á aquel hijo; ningún sacrificio omitió para educarle... Por eso, lleno de gratitud por los beneficios de que le había colmado aquella estimada madre, se complacía en atribuirle y ofrecerle no sólo los premios que en la escuela había alcanzado, sinó también las coronas que más tarde ganaba en los campos de batalla. No estaba contento, dice la historia, sinó cuando veía á su madre dichosa, honrada y glorificada... No os traeré á la memoria, hermanos míos muy amados, los beneficios de

Le Dieu, poursuivant sa carrière,
Versait des torrents de lumière
Sur ses obscurs blasphémateurs
(Lefranc de Pompignan.)

Ode sur la mort de J. J. Rousseau.

que Dios nos ha colmado; ellos sobrepujan á los de que la mejor de las madres puede colmar á su hijo. Cada gota de nuestra sangre, cada latido de nuestro corazón, cada pensamiento de nuestra inteligencia, todo, en una palabra, nos recuerda los beneficios del Señor... Aun cuando sólo fuese á título de agradecimiento, debemos pues desear ante todo que su nombre sea conocido, bendito y glorificado...

Pero no es bastante todavía. Sería menester comprender bien, como los santos, que, habiéndolo hecho Dios todo para su gloria, toda criatura debe proclamar su nombre... Poco importa nuestra gloria personal. La del soberano Señor de este universo, la del Dios que lo rige: ésta, hermanos míos muy amados, ésta es la importante, ésta es la esencial... ¿Podría yo haceros comprender bien este pensamiento?... Un ejemplo sacado de la vida de los santos podrá tal vez esclarecer esta verdad... Santa Juana de Chantal, guiada por san Francisco de Sales, siendo aún muy jóven había abandonado el mundo. Se había arrancado al cariño-de su anciano padre y á las caricias de sus hijos... Qué sacrificio para aquella hija tan solícita y para aquella madre tan tierna!... Pero Dios había hablado, y ella, fiel á la voz de la gracia, había dicho: « Sí, seré de Dios... » Fundó una orden piadosa, titulada la Visitación. Muchas fueron las fatigas y hasta persecuciones que padeció para que el nombre de Dios fuese servido, honrado y glorificado... ¿Creéis que después de haber ejecutado tantos trabajos, después de haber practicado tantas virtudes, piensa en ella? Nó, la gloria de Dios únicamente, la gloria de Dios es lo que la ocupa. Oíd más bien lo que á sus hijos les decía poco tiempo antes de morir. « En lo más récio de mis trabajos, he dicho con frecuencia al Señor, que si era de su agrado llevarme al infierno, con tal que fuese sin haberle ofendido, y que mi tormento debiese redundar en gloria suya, estaría contenta, y Él sería siempre mi Dios... Que sea santificado su nombre, añadía; lo demás me importa poco (1)... » — ¿Habeis comprendido bien, carísimos hermanos míos?... Santa Juana de Chantal y otros mil y mil santos, que os podría citar, habrían consentido en sufrir las penas y suplicios del infierno si sus tormentos hubiesen debido contribuir á la mayor gloria de Dios... ; Tal

(1) Historia de esta santa, por el abate Bougaud. t. II, pág. 534.

es el sentido verdadero de esta primera petición: *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre!*...

Segunda parte. — Veamos ahora, hermanos míos muy amados, la manera como nosotros, miserables criaturas, podemos contribuir á la santificación, á la glorificación del santo nombre de Dios... Varios medios se nos ofrecen: indicaré solamente los principales.

Ante todo, hemos de evitar la blasfemia, vicio maldito, vicio particular y especial del demonio. Todos sabeis en qué consiste... ; Desgraciados! ¿qué os ha hecho este Padre que tenemos en los cielos, para maldecir su nombre y ultrajar su gloria?... Jesucristo decía cierto día á los judíos: « He dado la vista á vuestros ciegos, y el oído á vuestros sordos; he curado á vuestros enfermos y resucitado á vuestros muertos; ¿por cuál de estas buenas obras me queréis apedrear?... » ; Oh Dios tres veces santo! si os dignaseis manifestaros á este hombre, y tal vez á esta ó aquella mujer, que han contraído la triste costumbre de blasfemar vuestro nombre, ¿no les podríais decir: « Os he dado la vida, os conservo la salud; ingratos, ¿por cuáles de mis favores he merecido vuestros ultrajes?... » San Luís había dictado una ley contra los blasfemos del santo nombre de Dios; se les condenaba á agujerearles la lengua con un hierro candente... Las primeras veces que esta severa ley se aplicó, se murmuró contra el santo rey, y se le incitaba á que castigase á los que á él mismo le habían ultrajado. « Nó, dijo, nó, mi gloria no es nada; que ante todo sea santificado el nombre santo de Dios, lo demás importa poco. » Se ha visto á los santos en su juventud llorar cuando oían blasfemar. Y en algunos países cristianos, las almas piadosas tienen la costumbre de reparar inmediatamente, y en cuanto les es posible, las blasfemias que oyen... Esta reparación es fácil, y os invito, á vosotros que me escuchais, si realmente teneis empeño en que sea santificado el nombre de Dios, á adoptar esta piadosa costumbre. Decid de boca, ó cuando menos interiormente, estas sencillas palabras: *Atabado, bendito, honrado y glorificado sea el santo nombre de Dios.* De este modo repararéis la blasfemia que habreis oído y habreis dado á vuestro Padre de los cielos un testimonio de buena voluntad...

Podemos santificar el nombre del Señor con una vida santa y sobre todo evitando el pecado. Ser constantes en la oración, cumplir exacta-

mente nuestros deberes de cristiano, guardar fielmente los domingos, ser dulces y caritativos con el prójimo, desempeñar bien los deberes de nuestro estado: ved ahí, hermanos míos muy amados, una excelente manera de glorificar el santo nombre de Dios... Nada desagrada tanto á su soberana Majestad, nada le ultraja tanto como el pecado... Se comprende fácilmente... He dicho ya que nosotros únicamente vivimos de los beneficios del Señor, y cuando tenemos la desgracia de ofenderle, nos parecemos á aquella serpiente de que habla la fábula que pretendía manchar y morder el seno que la había reanimado... « Supuesto, decía santa Teresa (1), que Dios en su inmensidad, es como un palacio vasto y sublime que encierra y comprende el universo entero; decidme, ¿ un pecador cometerá una falta fuera de este palacio?... ¡ Imposible! » En el seno de Dios mismo es pues donde cometemos nuestras faltas; á Él es á quien manchamos, su gloria es la que profanamos hasta donde nos es posible hacerlo... Razón tenía pues yo en decirlo que un excelente medio de santificar el nombre del Señor consiste en evitar el pecado.

Añadiré, como tercer medio, que si tenemos empeño en glorificar á Dios, si de veras deseamos que su santo nombre sea honrado y glorificado, debemos esforzarnos en hacerlo conocer á los demás... Esto era, hermanos míos muy amados, lo que más preocupaba á los santos; su deseo más ardiente, una palabra lo va á resumir... San Pedro Celestino está próximo á la muerte. Representáos á ese piadoso anciano, que dejó voluntariamente el sumo pontificado, espirando sobre la paja en su humilde celda de religioso... Se le da á besar el crucifijo, y los que le rodean le dicen: « Padre, ¿ cuál es vuestro último deseo? ¿ cuál es la recomendación suprema que hacéis á vuestros hijos?... » Sus miradas se elevan hácia el cielo: ¿ qué va á contestar?... « *Omnis spiritus laudet Dominum...* ¡ Todo espíritu alabe y glorifique al Señor! (2)... » Ante todo la gloria de Dios; la gloria de Dios le preocupaba hasta en

(1) Véase en las obras de santa Teresa de Jesús el *Castillo del alma*, morada sexta, cap. X. En las obras de esta santa, lo propio que en sus cartas, se encuentran varios pasajes que se refieren al asunto que tratamos. En este capítulo y en otros todavía apoyaba el piadoso Fenelón la doctrina de su famoso libro: *Maximes des Saints*.

(2) Véase la *Vida* de este santo.

su último suspiro... Éste es precisamente el anhelo de los santos... Efectivamente, hermanos míos, si recorriésemos la vida de todos los santos misioneros, veríamos que el fin que se proponían era el de hacer glorificar el nombre de Dios; ya volveremos á exponer este pensamiento en las instrucciones siguientes, expresando á costa de qué esfuerzos han extendido el reino de Dios sobre la tierra. Una palabra no más sobre este gran patrón de los misioneros, que se llama san Pablo... ¿ Para qué tantos viajes, para qué tantas fatigas, que han de terminar con el martirio?... Para que el nombre de Dios sea conocido, santificado y glorificado. Él mismo lo dice, entregará todo lo que tiene; entregará hasta su persona: *libentissime impendar et superimpendar* (1), para que las almas conozcan y glorifiquen el santo nombre de Dios...

¿ Nos sería pues imposible, hermanos míos muy amados, contribuir por nuestra parte á la gloria de Dios?... Me parece que todos tenemos dos medios muy fáciles de asociarnos á los misioneros, de participar de sus méritos y de trabajar como ellos para que el santo nombre de Dios sea santificado... ¿ No teneis, entre vuestros parientes ó conocidos, algunas personas alejadas de Dios desde largos años?... ¿ No podríais, con vuestros consejos y exhortaciones, conducirles á la práctica de ciertos deberes importantes?... A veces se desconfía de un sacerdote y se escuchan con más gusto las palabras de un antiguo conocido. Yo por mi parte he visto, en más de una circunstancia, que los consejos de un amigo ó las exhortaciones de una parienta han obtenido conversiones para cuyo logro había sido impotente todo el celo de un párroco... Luego la *Obra de la Propagación de la fé*, esos simples cinco céntimos semanales dados para sostener nuestros misioneros y proporcionarles los medios necesarios para ir á hacer bendecir y glorificar el nombre del Señor hasta en las más lejanas regiones. Este pequeño sacrificio, si tuviésemos verdadero empeño en que fuese santificado el nombre de Dios, ¿ no hay muchos de entre nosotros que se lo podrían imponer?... No se piensa en esto, hermanos míos, se descuida: y podríase decir con verdad que la mayor parte de nosotros no comprende el sentido de estas palabras: *Santificado sea tu nombre*.

(1) II á los Corintios, cap. XII, vers. 13.

PERORACIÓN.— Y sin embargo, lo he dicho ya, la gloria de Dios es el objeto, el fin para que se ha creado todo... Vosotros conoceis, hermanos míos muy amados, la historia de los tres niños arrojados en un horno encendido, por orden del rey Nabucodonosor, y sabeis la manera milagrosa como les preservó Dios de las llamas. Cuando hubieron salido sanos y salvos de aquel horno abrasador, no pudiendo celebrar dignamente la gloria de Dios, entonaron un cántico en el cual invitaban á todas las criaturas á que bendijesen su santo nombre... «Obras del Señor, exclamaban, alabadle y bendecidle por los siglos de los siglos... Angeles de Dios, espíritus celestiales, Virtudes del Señor, celebrad su santo nombre... Luna, sol, astros que poblais el firmamento, cantad, cantad su gloria...» Y en su entusiasmo invitaban á todas las criaturas, la nieve, la escarcha, el fuego, el frio, el rayo y todos los fenómenos que le acompañan, á bendecir el nombre del Señor, y ni siquiera se olvidaban las fuentes, los mares y los ríos, y los animales mismos en aquel concierto de alabanzas (1)... Al terminar, carísimos hermanos, voy á servirme de algunas de sus palabras. Vosotros los que estais bautizados, glorificad el nombre del Señor; bendigamos todos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; alabemos y glorifiquemos á la augusta Trinidad, más aún con nuestros actos que con nuestras palabras... Sí, bendito y glorificado sea el nombre de nuestro Padre que está en los cielos, hoy, mañana y por los siglos de los siglos. Así sea

(1) Daniel. cap. XI, vers. 58 y siguientes.

INSTRUCCION DECIMA.

SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

INSTRUCCION TERCERA.

VENGA A NOS EL TU REINO. — 1. QUÉ PEDIMOS A DIOS CON ESTAS PALABRAS
— 2. COMO PODEMOS CONTRIBUIR A EXTENDER ESTE REINO DE DIOS Y A
PREPARAR SU VENIDA.

TEXTO. — *Pater noster, qui es in caelis, adveniat regnum tuum...*
Padre nuestro, que estás en los cielos, venga á nos el tu reino.

(SAN MATEO, CAP. VI, VERS. 9, 10 Y SIGUIENTES.)

EXORDIO. — Esta petición, amados hermanos míos, está muy relacionada con la anterior, en la que le decimos á Dios: *santificado sea tu nombre*. En efecto, la gloria de nuestro Dios está en que su nombre sea bendecido, en que reine sobre todas las almas virtuosas, en que triunfe, en que domine en el universo entero... Cierta dia un jóven oficial, ávido de honores, poseído de una ardiente pasión por la gloria humana, caía herido por una bala de cañón durante el sitio de una ciudad que los franceses trataban de conquistar... Llenos de admiración por el valor de aquel guerrero, que era español, los soldados franceses le hicieron conducir al castillo de Loyola, que era patrimonio de su familia. Sus heridas le condenaron á una larga inacción que aquella ardiente naturaleza no podía soportar (1)... La lectura de la Vida de los Santos, unida á la gracia de Dios, que cayó como un abundante rocío sobre aquella alma recta, convirtió á aquel jóven oficial que se llamaba Ignacio...; Adios desde aquel momento mezquina gloria humana! Ignacio te pisoteará... En el santuario de Manresa, la augusta Virgen María toma al jóven guerrero bajo su protección; y renunciando desde aquel momento á la divisa de su noble familia, ved ahí la que adopta: *Ad*

(1) Vease su Vida.